

fueron las orillas del Júcar, con el objeto de poder dar la mano á los valencianos.

Efectivamente: á esta sazón acababa de pronunciarse también Valencia, cuya sublevación se verificó con circunstancias bien horribles. Aquella rica y populosa ciudad, situada en medio de su fértil huerta, no tenía menos pretensiones á dominar que Sevilla y que Granada. Sus moradores, de carácter vivo, ardiente, y tumultuoso, no eran susceptibles de dejarse sobrepujar por los de alguna otra provincia; así es, que se pronunciaron el día mismo que trajo el correo la noticia de las abdicaciones. Un charlatan revoltoso de esos que se desviven por arengar al pueblo, se puso á leer ante una multitud de gentes reunidas en una de las principales plazas de Valencia la *Gaceta de Madrid*, que contenía las abdicaciones, y terminada la lectura desgarró el papel, gritando: ¡mueran los franceses, viva Fernando VIII! La multitud se agrupó en torno suyo, y en seguida se dirigió amotinado al domicilio de las autoridades, para obligarlas á tomar parte en la insurrección. Antes de dar este paso y queriendo proporcionarse un jefe, eligió al padre Rico, fraile franciscano, elocuente y audaz, que no vaciló en ponerse á la cabeza de los revoltosos, y en conducirlos á casa del capitán general, el conde de la Conquista. El padre Rico halló á éste tan poco inclinado á secundar los deseos de la turba, como los capitanes generales de otras provincias se habían mostrado en circunstancias análogas, atendiendo á lo que les aconsejaba la prudencia, y su aversión á la multitud. Obligóle, empero á seguirle, no queriendo asesinarlo entonces, por que se reservaba sin duda el

hacerlo mejor poco tiempo despues. Desde la capitania general se dirigió el fraile con los revoltosos al tribunal del *Acuerdo*, magistratura principal de la provincia, á la cual dictó sus resoluciones, arengando, ordenando y decidiendo por sí y ante sí á nombre de los sublevados. Acto continuo resolvióse y púsose por obra la formación de una junta, en la cual alternaban como individuos de ella los mas grandes señores del país, con los agitadores mas viles del populacho, y no pareciéndoles ni bastante celoso ni suficientemente enérgico el conde de la Conquista, eligieron para el mando de las tropas al conde de Cervellon, grande de España y propietario de los mas ricos de la provincia. Decretóse asimismo el alistamiento general, y se pidieron armas á Cartagena, que, como es de presumir, se apresuró á enviarlas.

Hasta aquí nada hubo en el pronunciamiento de Valencia que fuera censurable, considerado bajo el punto de vista de la insurrección y del patriotismo español. Pero las autoridades, á pesar de hallarse subyugadas, eran tenidas por sospechosas, mediante á que se habían adherido mal de su grado á un movimiento que les parecía funesto para su país, porque colocaba á la España entre el peligro de las armas francesas por una parte, y el de un furioso populacho por otra, y queriendo los revoltosos asegurarse de la clase de comunicaciones que aquellas remitían al gobierno de Madrid, interceptaron un correo y mandaron la correspondencia que conducía al conde de Cervellon, para leerla á presencia de la multitud. Las comunicaciones ofrecían en efecto motivo bastante para degollar á los mas altos funcionarios, puesto que en ellas se

pedian socorros al gobierno de Madrid contra el pueblo insurgente. La hija del conde de Cervellon, á cuya presencia pasaba esta escena, conociendo el peligro, se avalanzó sobre los papeles y los hizo mil pedazos á la vista de la multitud, la cual se contuvo subyugada por este rasgo de valor de aquella muger noble. ¡Singular nacion, que, como todas las que conservan la sencillez de las primitivas costumbres, y no teniendo otras virtudes, ni otros vicios que los que traen su origen de la misma naturaleza, daba simultáneamente ejemplos de la mas atroz barbarie y de la abnegacion mas noble!

Pero el pueblo valenciano no tardó mucho tiempo en resarcirse de la sangre que por entonces le impidieron derramar. Habiase echado de ver que un caballero principal de la provincia, llamado don Miguel de Saavedra, baron de Albalat, asistia con poca exactitud á las sesiones de la junta, de la qual era uno de los vocales; y esta falta de asistencia, que procedia únicamente de vivir el baron retirado en el campo por el temor de que se despertase el recuerdo de la época en que, siendo coronel de milicias, hizo fuego sobre el populacho de Valencia para restablecer el orden, se atribuyó á distinto motivo, é instantáneamente se esparcieron rumores de que el baron de Albalat hacia traicion á la causa del alzamiento. En su consecuencia, fueron á buscarle á la posesion donde habitaba, trajéronle preso á la ciudad, y las personas interesadas por su suerte, lo condujeron á casa del conde de Cervellon, creyéndolo allí mas seguro que en ninguna otra parte. El padre Rico corrió presuroso en su busca con el objeto de ponerlo en salvo, y así lo solicitó del conde, quien, menos animoso que su hija,

y mostrándose poco dispuesto á comprometerse por un antiguo amigo, que habia acudido á él á pedirle la vida, imaginó el mandarlo á la ciudadela, de la cual se habia apoderado el pueblo, merced á la complicidad de las tropas, y donde eran conducidos todos aquellos á quienes se queria libertar del furor de la multitud. El padre Rico, deseando ardientemente la salvacion de aquel infeliz, se puso á la cabeza de la escolta, y logró conducirlo sin contra tiempo alguno, á pesar de los esfuerzos de un populacho sediento de sangre, hasta la plaza mayor de la ciudad. Pero al llegar á ella, la turba, mucho mas numerosa y compacta á la sazón, forzó las filas de soldados que custodiaban al infortunado baron de Albalat, le arrancó de entre las manos de los que le defendian, lo asesinó sin piedad, y llevó su encono basta pasear por las calles la cabeza de aquel infeliz, suspendida de la punta de una pica.

Este acontecimiento llenó de consternacion á la ciudad de Valencia, y con especialidad á las clases elevadas, las cuales eran reputadas por sospechosas, como lo fué la nobleza de Francia en 1793. Para conjurar el peligro, multiplicaban aquellas los donativos voluntarios, y se inscribian en el alistamiento general: no consiguieron, empero, conjurar la tormenta, ni calmar la desconfianza y la cólera de la muchedumbre, las cuales iban cada dia en aumento. Era, pues, evidente que no bastaria una victima para extinguir el furor sanguinario. La autoridad del padre Rico empezó á ser minada por un rival, procedente de Madrid, por el canónigo Calvo, fanático, cuyas pasiones se habian exaltado en una lucha de jesuitas contra jansenistas, en la cual habia tomado partido á favor de los primeros y en

contra de los segundos. El objeto que condujo á Valencia al canónigo Calvo, no fué otro, segun todas las probabilidades, que el de encontrar campo mas vasto donde ejercer sus furiosos. Afectaba una estremada devocion, tardaba mas tiempo que ninguno en decir la misa, y llegó á ser el principal ídolo del populacho. Adoptando el tema ordinario de todos aquellos, que en las revoluciones quieren sobrepujar á los demas, acusó de apatía y tibieza al padre Rico. Por aquel tiempo habia en la ciudadela de Valencia, de trescientos á cuatrocientos franceses, muchos de ellos comerciantes establecidos luengos años hacia en la ciudad, y á quienes por un sentimiento humanitario y con el fin de sustraerlos al furor de la multitud, se les habia conducido al mencionado sitio. El atroz Calvo logró persuadir á una bandada de fanáticos que allí se encerraba el único sacrificio agradable á los ojos de Dios, el único holocausto digno de la causa que servian, y dudando el poder penetrar en la ciudadela con su tropa de asesinos para consumir el crimen abominable que meditaba, colocó á sus secuaces en una poterna que daba sobre la orilla del mar, se introdujo despues en la ciudadela, y afectando humanos y compasivos sentimientos, hizo creer á los franceses que iban á ser pasados todos á cuchillo, sino se apresuraban á huir precipitadamente por la poterna que conducia á la playa. Aquellos infelices, dejándose guiar por este consejo, salieron todos, incluso los niños y las mugeres, por el punto fatal que se les habia indicado como la via única de salvacion, y apenas asomaron á la poterna, empezaron á herirlos despiadadamente á tiros, á sablazos y á puñaladas. Los asesinos cu-

biertos de sangre de pies á cabeza, y estenuados de fatiga, imploraron gracia para unos sesenta que quedaban por degollar. Viendo el canónigo Calvo, que el celo de sus secuaces se iba ya estinguendo, cedió en la apariencia á sus súplicas, se encargó de llevar consigo las sesenta víctimas que aun no habian sido sacrificadas, y conduciéndolas á un sitio apartado, donde tenia una tropa de refresco, acabó en él la execrable mortandad. ¡Asi espiaban nuestros compatriotas, sin tener en ellas la menor culpa, las faltas de su gobierno!

Semejantes sucesos produjeron en todos los valencianos, que no pertenecian á la hez del pueblo, el dolor mas profundo. El padre Rico, no pudiendo mostrarse indiferente á estos actos que mancillaban la causa de la insurreccion, intentó al siguiente dia denunciar ante la probidad y la conciencia publicar los crimenes del canónigo Calvo: vencido, empero, por éste, y no habiendo logrado que su intencion prevaleciera, tuvo precision de ocultarse, y su rival fué proclamado audazmente individuo de la junta, con no poco terror y escándalo de todas las gentes honradas. Quedaban todavia ocho desgraciados franceses, los cuales habian escapado hasta entonces como por milagro, de la matanza general, y no sabiendo donde refugiarse, acudieron al verdugo de sus compatriotas y se postaron á sus pies en el seno mismo de la junta. Calvo los hizo degollar ó consintió en que se perpetrara á su presencia este crimen, y la sangre de las nuevas víctimas saltó sobre los vestidos de los vocales de la junta, que huyeron de ella sobrecogidos de espanto y de terror.

A tantos crimenes, sin embargo, sucedió, como

no podia menos, una reaccion. Cobrando nuevo valor el padre Rico, salió del sitio donde se habia ocultado, restituyóse á la junta, atacó de frente al canónigo Calvo, denuncióle, redujolo á procurar tan solo su defensa, consiguió desconcertarlo, y obtuvo, en fin, su arresto. Conducido primeramente á las islas Baleares, y traído despues á Valencia, Calvo fué juzgado, condenado y ahorcado en su prision. Las gentes honradas comenzaron desde entonces á recobrar un poco de ascendiente sobre los bandidos que habian dominado á Valencia; y esto unido al celo que empleaba en armarse la poblacion, conociendo que pronto se veria precisada á defenderse contra la justa venganza de los franceses, si bien no los estinguíó del todo, contribuyó al menos á atenuar algun tanto los atroces crímenes de que acababa de ser teatro odioso la ciudad de Valencia.

Todas las ciudades de aquella parte del litoral, como Castellon de la Plana, Tortosa y Tarragona, siguieron en breve el general ejemplo. Barcelona misma, ciudad casi tan populosa como la capital de las Españas, y habituada, si no á mandar, á no obedecer nunca al menos, ardia en grandes deseos de pronunciarse. La noticia de las abdicaciones, traída por el correo de 25 de mayo, produjo en los barceloneses una irritacion tan violenta, que al punto empezaron á desgarrar los bandos fijados en las esquinas, y un pueblo inmenso se mostró en los parages públicos, llevando henchido de odio el corazon y la cólera en los ojos. Pero el general Duhesme, á la cabeza de doce mil hombres, mitad franceses y mitad italianos, logró contener el movimiento, amenazando desde la ciudadela y desde el

castillo de Montjuich incendiar la ciudad, si insistía en sublevarse. Barcelona tembló bajo la férrea mano que la amenazaba, si bien no se tomó la pena de disimular el odio profundo que la inspiraban sus opresores. Murat, cuyas ilusiones respecto á la España no se habian desvanecido, volvió á conceder á los catalanes el derecho de uso de armas, del cual les privára Felipe V, queriendo recompensarlos de esta manera por su aparente sumision. Los catalanes correspondieron á esta prueba de confianza, comprando inmediatamente cuantos fusiles y municiones se vendian en los almacenes públicos, y llevando este afan hasta el extremo de enagenar asi los habitantes de las montañas como el pueblo de las ciudades, cuanto tenían de mas precioso, con el fin de proporcionarse medios para adquirir armas. El menor incidente, el suceso mas insignificante se convertia diariamente en Barcelona en causa de motin. Una piedra desprendida del castillo de Montjuich, alcanzó casualmente á un pescador, y este desgraciado, herido segun se decia por los franceses, fué paseado sobre unas parihuelas por toda la ciudad para escitar la indignacion pública. La presencia de nuestras tropas, sin embargo, bastó para sofocar en su origen aquel desórden. Otro dia un pifano de los regimientos italianos vió á un muchacho español que estaba burlándose de él, y habiendo sacado el sable para imponer respeto al insolente, dió margen con esta demostracion á un nuevo tumulto, que por aquella vez amenazaba ser general. El ejército francés, no obstante, logró detener los progresos de esta insurreccion con una prudencia y una moderacion asombrosas. La indisciplina de las tropas italianas

cuya conducta era menos reservada que la de las nuestras, contribuía mucho también á irritar el ánimo de los españoles, y de los barceloneses revoltosos con especialidad, los cuales viéndose reprimidos con tal tesón, huyeron á Valencia, Manresa, Lérida y Zaragoza. La capital del principado por consiguiente, se mostró desde entonces, sino devota á los franceses, tranquila al menos.

Gerona, Manresa, Lérida, y las demas ciudades de Cataluña, se sublevaron también. Todas las villas y aldeas hicieron otro tanto. Pero, como hallándose comprimiada Barcelona, era punto menos que imposible el que el principado emprendiese movimiento alguno capaz de inspirar serios temores, de aquí resulta la prueba de que si se hubiese tomado mejor las precauciones, y si se hubieran colocado á tiempo en las principales ciudades de España fuerzas bastantes, si no impedir la insurreccion general, se hubiera logrado cuando menos contenerla y atenuarla mucho en sus progresos.

Zaragoza, en fin, la inmortal Zaragoza, como es fácil de adivinar, no fué de las últimas en responder al grito de independencia española. El 24 de mayo, es decir, dos dias despues que Cartagena, dos antes que Sevilla, y en el mismo en que Asturias se pronunciara, trajo á aquella ciudad el correo de Madrid la noticia de las abdicaciones; y esto bastó para sublevarla. El pueblo de Zaragoza, lo mismo que el de las demas ciudades, se dirigió amotinado á casa del capitán general don Juan Guillermi, y encontrándole tan tímido y tan poco dispuesto á la sublevacion como se habian mostrado los capitanes generales de otras provincias, lo depuso del mando y lo reemplazó con su gefe de

estado mayor, el general More, quien al siguiente dia convocó una junta. tanto para satisfacer los votos del pueblo, como para rodearse de un consejo que compartiese con él la responsabilidad. Conociendo una y otro el peligro que corrian hallándose como se hallaban á la vez bajo la férula del populacho y bajo la de las tropas francesas que ocupaban á Navarra, mostraron una perplejidad, de resultas de la que el pueblo, á quien dificilmente hubiera satisfecho el celo mas exaltado, determinó, sin ensangrentarse con ellos como habia sucedido en otras partes, desembarazarse de los gefes que no participaban de su entusiasta ardor, y conferir el mando á un personage célebre, llamado José Palafox de Melzi, sobrino del duque de Melzi, vicescanciller del reino de Italia. Palafox era un arrogante mozo, de edad de veinte y ocho años, que habia servido en guardias de corps. Adicto en extremo á la persona de Fernando VII, fué á visitarlo á Bayona, y hallandolo cautivo y violentado en esta ciudad, regresó á Zaragoza su patria, en cuyas cercanias aguardó oculto el momento favorable de servir al rey, cuya legitimidad no podia en su concepto ponerse en duda. Sabedor el pueblo de todas estas particularidades, corrió en su busca para conferirle el mando de capitán general. Aceptólo José Palafox, y llamando á su lado para que supliesen con sus luces la falta de conocimientos militares y políticos, que reconocia en sí, á un religioso valiente y entendido, á un esperto y antiguo oficial de artillería, y á un profesor que le habia dado lecciones en la niñez, se puso al frente de los asuntos de Aragon. Su alma heroica, empero, debia tardar muy poco á suplir sobradamente las dotes para el

mando que le faltaban. Palafox convocó inmediatamente la diputacion de la provincia, decretó un alistamiento general, y llamó á las armas á todo el valiente y bizarro pueblo aragonés, el cual no solo se apresuró á acudir al llamamiento del jóven general, sino que se anticipó á él con el mas ardiente entusiasmo. La agitacion, por último, fué tal, que Logroño, de cuya ciudad distaban solamente cinco ó seis leguas las tropas francesas, y todas las poblaciones limítrofes á Aragon y Navarra se pronunciaron tambien. Otro tanto hizo Santander, ciudad situada á nuestra derecha y á la misma retaguardia casi de nuestras columnas.

Véase, pues, como en solos ocho dias, (desde el 22 al 30 de mayo) y sin que ninguna de las provincias obrase de concierto con otra, se sublevó la España entera, impelida por un mismo sentimiento; por el de la indignacion que escitaron los acontecimientos de Bayona. Los rasgos característicos de aquella insurreccion nacional fueron unos mismos en todas partes, á saber: indecision en las clases elevadas; sentimiento unánime é irresistible en las clases inferiores, el cual tardó muy poco á convertirse en una abnegacion sin ejemplo de una y otras; instituciones locales de gobiernos, insurgentes; alzamiento en masa; desercion del ejército organizado para incorporarse á la insurreccion; donativos voluntarios del alto clero, y ardor fanático del clero de inferior categoría; patriotismo por donde quiera, obcecacion, ferocidad, acciones heroicas, y atroces crímenes; una revolucion monárquica, en fin, que procedia exactamente como pudiera hacerlo una revolucion democrática, puesto que el instrumento era el mismo, es decir, el pue-

blo, y mediante á que el resultado prometia ser idéntico tambien; esto es, la reforma de las antiguas instituciones que se habia ofrecido á la España, para resistir á la Francia con sus armas propias, con sus propios medios.

La noticia de las sublevaciones espontáneas, que estallaron desde el 22 al 30 de mayo, no llegó sino sucesiva y lentamente á Bayona donde residia entonces Napoleon, y en cuya ciudad permaneció todavia el mes de junio y los primeros dias de julio. En un principio supiéronse únicamente las que se verificaron en las provincias situadas á derecha é izquierda del ejército francés ó sea en Asturias, Castilla la Vieja y Aragon. El entorpecimiento de las comunicaciones, grande siempre en España, y cuyo retardo se hizo mucho mayor en aquella época, porque no solo se interceptaban los correos, sino que frecuentemente se les asesinaba, fué causa de que hasta el estado mayor francés, residente á la sazón en Madrid, supiese muy poco de lo que ocurría mas allá de Castilla la Nueva y de la Mancha. De lo único que se tenia conocimiento era de que en las demas provincias reinaba una gran turbulencia y una estremada agitacion: ignorábanse, empero, pormenores, y solo en el trascurso de todo el mes de junio, fué cuando se llegó á saber poco á poco lo que habia ocurrido en fin de mayo, y esto, merced á las confidencias ó á las bravatas de los españoles, los cuales referian en Madrid cuanto en cartas particulares recibidas por conducto de especiales mensajeros, se les revelaba.

Así que Napoleon supo en Bayona los acontecimientos de Oviedo, Valladolid, Logroño y Zara-

goza, los cuales á pesar de haber ocurrido en puntos tan próximos al en que él se hallaba, no llegaron á su noticia sino siete ú ocho dias despues de haber sido consumados, se apresuró á dar las órdenes mas prontas y mas enérgicas para contener la insurreccion antes de que llegase á estenderse y consolidarse. Anticipadamente habia tenido cuidado de colocar entre Bayona y Madrid sobre las retaguardias del mariscal Moncey y del general Dupont el cuerpo de ejército al mando del mariscal Bessieres, compuesto de las divisiones Merle, Verdier, y Lasalle. La division Merle constaba de algunos terceros batallones, sacados de las costas, y de algunos batallones cuartos procedentes de las legiones de reserva. La division Verdier se componia de los regimientos provinciales señalados con los números desde el 13.<sup>o</sup> al 18.<sup>o</sup> inclusive, puesto que los doce primeros, como ya hemos dicho, formaban parte de la division del mariscal Moncey. Esperábase ademas de un momento á otro la llegada de los regimientos polacos admitidos al servicio de la Francia, cuya fuerza total consistia en un soberbio regimiento de caballeria de novecientos á mil caballos, el cual llegó mas tarde á hacerse célebre bajo el nombre de lanceros polacos y en tres buenos regimientos de infanteria de la fuerza de mil quinientos á mil seiscientos hombres cada uno, conocidos con los nombres de primero, segundo y tercer regimiento del Vistula. Napoleon, por último, habia ido trayendo sucesivamente, ya de Paris, ya de las divisiones establecidas en las costas, los regimientos 4.<sup>o</sup> de ligeros y 15.<sup>o</sup> de linea, primero, y el 2.<sup>o</sup> y el 12.<sup>o</sup> de ligeros y el 14.<sup>o</sup> y 44.<sup>o</sup> de linea despues, haciéndolos sucederse los unos á los otros, de Pa-

rís al campo de Boulogne, del campo de Boulogne á los de Breñaña, y de los campos de Breñaña á Bayona, á fin de evitar el que estuvieran ociosos, y proporcionarles ocasion de ser útiles en todos los puntos donde se detuviesen. Ademas de toda esta fuerza, mandó venir á marchas dobles dos batallones aguerridos de la guardia de Paris. Asi, pues, si Napoleon no tenia á la mano todos los recursos suficientes para reprimir inmediatamente la insurreccion española, suplia en cierto modo esta falta su genio organizador, y habia logrado ya reunir algunas fuerzas, con las cuales podia aplicarse al mal el primer remedio, puesto que ademas de los seis regimientos franceses de antigua formacion, y tres regimientos polacos, traia los numerosos destacamentos, que, bajo el titulo de regimientos de marcha, estaban destinados á reclutar los regimientos provisionales, (1) y los cuales iban prestan-

(1) Por los títulos de todos estos regimientos puede formarse una idea aproximada de la complicacion á que habran dado márgen las necesidades y los recursos, en la organizacion militar, que Napoleon manejaba con tanto genio. Habia primeramente los antiguos regimientos franceses de linea, señalados con los números del 1 al 112 y los regimientos ligeros del 1 al 32 esparcidos en Polonia, Alemania, Italia é Illiria, los cuales tenian sus correspondientes batallones de deposito sobre el Rhin ó sobre los Alpes.—Habia ademas los regimientos llamados provisionales, compuestos de compañías sacadas de los batallones de depósito, y que se hallaban destacados en España para servir en ella bajo una forma temporal.—Habia asimismo los destacamentos sacados mas tarde de los mismos depósitos para reforzar los regimientos provisionales, y cuya fuerza formaban en las expediciones los regimientos de marcha.—Las cinco legiones de reserva,

do servicios en el camino que tenian que recorrer, antes de refundirse en aquellos.

Napoleon ordenó inmediatamente al general Verdier que se dirigiese á marchas dobles sobre Logroño con mil quinientos infantes, trescientos caballos y cuatro piezas de artillería, para hacer con esta ciudad un ejemplar severo. Al general Lefebvre-Desnoettes, oficial bizarro y brillante que mandaba los cazadores á caballo de la guardia imperial, le ordenó asimismo que se trasladase á Pamplona con los lanceros polacos, algunos batallones de infantería provisional, y seis piezas de artillería, mandándole tambien que recogiese los terceros batallones que constituian la guarnicion de aquella plaza, y que con toda esta fuerza, la cual compondria un total de cuatro mil hombres próximamente, se dirigiese á marchas forzadas sobre Zaragoza para hacer entrar en orden á los habitantes de la capital de Aragon. Una diputacion compuesta de algunos individuos de la junta debia preceder al general Lefebvre-Desnoettes y emplear

cuyos tres primeros batallones componian el cuerpo de ejército del general Dupont, los cuartos una de las divisiones del mariscal Bessieres, y los quintos y sextos por último, que faltaban por organizar, pertenecian á una nueva categoría.—Habia en fin, las tropas italianas, las polacas, y las suizas, las cuales formaban parte tambien de las fuerzas de que disponia Napoleon. Preciso será, pues, que el lector siga con una atencion sostenida estas categorías tan numerosas y diversas, si quiere estimar en lo justo el arto con que Napoleon manejaba su ejército, y si se quiere comprender especialmente, en qué consistia el que, á pesar de este arte prodigioso, empezasen á ser sus recursos inferiores á la inmensidad de la empresa en que desgraciadamente se habia empeñado.

con los sublevados medios de persuasion antes de hacer uso de la fuerza: si aquellas, empero, no bastaban, habiase resuelto que fuese aplicada esta al mal de la manera mas enérgica. Napoleon ordenó ademas al mariscal Bessieres, que en el instante mismo en que el general Verdier terminase su mision en Logroño, se dirigiese con la caballería del general Lasalle sobre Valladolid para restablecer la tranquilidad en Castilla la Vieja. Al general Savary mandóle que fuese á Madrid á encargarse interinamente del mando confiado á Murat, á la sazón enfermo, y que diese órdenes á nombre de éste, como si en realidad no hubiese ocurrido cambio alguno. Prescribióle tambien que mandase sobre Segovia, para sofocar su alzamiento, la tercera division del general Dupont al mando del general Frere, que se hallaba entonces en el Escorial, y que espidiese sobre Zaragoza una columna de tres á cuatro mil hombres, haciendo un movimiento á la izquierda en retaguardia sobre Guadalajara. Habiendo llegado á noticia del emperador algunos rumores referentes á la insurreccion de Valencia, dispuso que partiese de Madrid la division del mariscal Moncey, reforzada con un cuerpo auxiliar español, y que avanzando hasta Cuenca, no pasase de esta ciudad, si los rumores referentes á aquella eran infundados, y prosiguiese su marcha, si eran ciertos. Como esta fuerza, sin embargo, no era suficiente para reducir una ciudad de cien mil almas, (sesenta mil en la poblacion, y cuarenta mil en la huerta). Napoleon ordenó al mismo tiempo al general Duhesme, que mandase desde Barcelona sobre Tarragona y Tortosa la division Chabran, la cual, reprimiendo du-



rante su marcha los movimientos de Cataluña, y reduciendo á la devocion de la Francia el regimiento de suizos residente en Tarragona, debia caer sobre Valencia por el litoral, mientras que el mariscal Moncey venia sobre ella por la parte de las montañas.

Pero lo que mas especialmente llamaba la atencion de Napoleon, eran Andalucia y la flota francesa surta en las aguas de Cádiz. Desde los primeros momentos habia pensado en ordenar al general Dupont que se dirigiese hacia Andalucia, donde le parecia que se habia dejado acumular demasiado número de tropas españolas, y donde temia ademas alguna tentativa de parte de los ingleses. De antemano habia dado orden á aquel general de que colocase la primera de sus tres divisiones en Toledo, la segunda en Aranjuez, y en el Escorial la tercera, á fin de que escalonadas de este modo en el camino de Madrid á Cádiz, estuviese pronto á partir á la primera señal. Asi que llegó á Bayona la noticia de las insurrecciones, el general Dupont recibió en efecto la órden de partida, y á fines de mayo se puso en marchar con direccion á Sierra Morena. Napoleon tenia gran confianza en este gefe, que hasta entonces se habia portado siempre con extraordinaria bizarría y tenido constantemente la fortuna de su parte, y al cual destinaba el baston de mariscal á la primera ocasion oportuna que se ofreciese. Napoleon no dudaba que Dupont la encontraria en España, y hasta este infortunado general lo creia tambien. ¡Ni el uno ni el otro contaban, empero, con el horrible y cruel misterio del destino, cuyo favor y cuyos rigores son siempre inesperados!

No queriendo Napoleon, que aquel general se

internase en el interior de España sin medios suficientes para que se pudiera sostener, le mandó diversos refuerzos. Primeramente ordenó que marchase á Toledo la segunda division, para que pudiese incorporársele en caso de necesidad; en seguida mandó que se le diese toda la caballeria correspondiente al cuerpo del ejército confiado á su mando, y los guardias marinos que debian tripular los dos nuevos buques preparados en Cádiz; y determinó, por último, que se le juntasen tambien los dos regimientos suizos de la antigua guarnicion de Madrid (el de Reding y el de Preux), que á la sazón se hallaban reunidos en Tarragona. La division Kellermann, por otra parte, correspondiente al cuerpo del ejército de Junot, situada en las fronteras de Portugal, y los otros tres regimientos suizos existentes en Tarragona, Cartagena y Málaga, que Napoleon suponía concentrados en Granada, hacian subir el cuerpo de ejército del general Dupont á veinte mil hombres cuando menos, sin contar su segunda y tercera division, y componian entre todos una fuerza bastante de seguro para reprimir la Andalucia y salvar á Cádiz de un golpe de mano de los ingleses. El general Dupont, por lo tanto, recibió órden de marchar aceleradamente sobre el punto que mas preocupaba el ánimo de Napoleon; es decir, hacia Cádiz y en auxilio de la escuadra del almirante Rosily.

A consecuencia de estas órdenes debian quedar en Madrid dos divisiones del mariscal Moncey y otras dos del general Dupont, mediante á que las últimas, colocadas en el Escorial, Aranjuez y Toledo, debian considerarse como si estuvieran dentro de la capital misma. Quedaban ademas la guar-

día imperial y los coraceros, ó sea una fuerza de veinte y cinco á treinta mil hombres, sin contar los regimientos aguerridos que componían la escolta del rey José. Creíase por tanto que esta fuerza sería suficiente para cualquier caso imprevisto, ignorando sin duda hasta qué punto era intensa, audaz y general especialmente la insurrección.

Además de todas las órdenes antedichas, las cuales fueron comunicadas directamente á las provincias del Norte y por conducto del estado mayor de Madrid á las del Mediodía, mandáronse establecer en la capital, bien fuese en el real palacio, ó bien en el Buen Retiro, verdaderas plazas de armas, en las cuales pudiesen quedar en depósito los heridos, los enfermos, las municiones, las cajas, y todo el bagage, en fin, del ejército.

El general Verdier fué el primero que emprendió la marcha desde Vitoria á Logroño con el 44.º regimiento provisional, unos doscientos caballos próximamente, y cuatro piezas de artillería. Habiendo sabido en la Guardia, villa situada á cuatro leguas del Ebro, que el puente de Logroño se hallaba ocupado por los insurgentes, pasó el río por el Ciego, valiéndose de barcas, y en la mañana del 6 de junio llegó á las puertas de aquella ciudad. Los insurgentes, compuestos de gentes del pueblo y de campesinos y paisanos de las cercanías hasta el número de dos ó tres mil hombres, habían obstruido la entrada de la ciudad, acumulando á sus puertas toda especie de materiales. Además de este medio de defensa, habían formado una batería de siete cañones viejos, montados por carreteros de la población sobre cureñas arregladas á su modo, y detrás de esta trinchera aguardaron al enemigo

animados del mayor entusiasmo; pero con poca bravura, puesto que á las primeras descargas huýeron ante nuestros soldados hisofios, los cuales separaron en un momento todos los obstáculos que impedían la entrada. Esta primera derrota de los insurgentes fué tan rápida, que no dió tiempo al general Verdier para dar la vuelta á Logroño, arrollarlos y hacerlos prisioneros. Nuestros infantes en lo interior de la ciudad, y nuestra caballería en el campo, mataron unos cien hombres á bayoneta y á sablazos. Por nuestra parte solo tuvimos un muerto y cinco heridos, entre ellos dos oficiales. Cogiéronse á los insurgentes sus siete piezas de artillería y unos ochenta mil cartuchos de fusil. El obispo de Calahorra, á quien mal de su grado habían obligado á ponerse á la cabeza de la insurrección, obtuvo la gracia de que la ciudad de Logroño no fuese entregada al saqueo, y de que purgase la pena á que se había hecho acreedora, pagando solamente una contribución de 120,000 reales, cuya suma fué distribuida inmediatamente entre los soldados.

La conducta que los sublevados mostraron en esta ocasión, no era seguramente muy á propósito para formar una gran idea de la resistencia que podrían oponernos en lo sucesivo los españoles. El general Verdier se apresuró á regresar á Vitoria, para que su tropa reemplazase en el cuerpo de ejército del mariscal Bessieres á las que habían sacado los generales Merle y Lasalle, que acababan de partir para Valladolid. El general Lasalle con el 10.º y 12.º de cazadores, y el 17.º provisional de infantería, perteneciente á la división Verdier, y el general Merle con toda su división compuesta de